



## El iceberg navarro. Euskera y castellano en la Navarra del siglo XVI

MONTEANO SORBET, Peio J.

Pamplona: Pamiela, 2017, 304 pp.

ISBN: 978-84-7681-991-3

Nos encontramos ante el libro que recoge un proyecto largamente acariciado por el autor; un tema fascinante: la situación del euskera en Navarra en el siglo XVI. Monteano acomete en este trabajo una tarea que sin duda ha pasado por la mente de muchos investigadores, pero ha sido él quien ha tenido la determinación necesaria para culminar la empresa. Cualquier crítica que pueda realizarse a su libro

no puede obviar la valentía, el entusiasmo y la imaginación que destila cada página de *El iceberg navarro*, un trabajo apoyado en fuentes archivísticas en buena medida inéditas, así como en bibliografía especializada, si bien redactado de modo ameno, asequible a cualquier lector interesado en la materia.

*El iceberg navarro* aborda la cuestión del euskera en Navarra desde el punto de vista de la historia, que es también el que guía estas líneas. El tema elegido presenta, a mi juicio, dos dificultades primordiales: ante todo, el estudio de una lengua que solo excepcionalmente ha dejado testimonios escritos en el momento analizado por Monteano; junto a ello, el marco cronológico escogido, el siglo XVI. Respecto a la primera dificultad, el autor se enfrenta al desafío de cuantificar lo invisible, de hacer salir de la sombra una lengua mayoritariamente hablada pero muda en los documentos. Para ello, se sirve de los recursos que le brinda su profundo conocimiento de la documentación del Archivo Real y General de Navarra, en particular los extraordinarios fondos de la sección de Procesos: presenta distintas visiones y ámbitos del euskera –el viajero extranjero, la administración del reino, los vascoparlantes monolingües, la iglesia, la imprenta, la enseñanza, Baja Navarra, Pamplona, la Ribera...– a través de hombres y mujeres que han dejado su testimonio sobre el hecho lingüístico. Estas historias personales dan pie al autor para, desde el caso concreto, analizar cada tema, de tal manera que el libro ofrece un recorrido por la historia del reino en esa centuria centrado en el uso de la lengua vasca. La imagen que el autor utiliza para titular su epílogo, el *crystal empañado*, expresa bien el empeño que le ha guiado: mediante un cuidadoso análisis de los textos, simplemente permitir que se transparente la realidad lingüística del reino en una diversidad de contextos geográficos y sociales.

La segunda gran dificultad a que se enfrenta Monteano es el marco cronológico escogido, el siglo XVI. No es necesario ponderar el particular interés que esa centuria encierra para el devenir histórico del reino: la fractura social, la conquista, la incorporación a Castilla, los intentos de recuperación del trono por parte de los monarcas desposeídos, el abandono –en fases sucesivas– de Baja Navarra, son hechos que marcaron el destino de Navarra. Sin embargo, como sabe cualquier persona que se haya acercado a sus fuentes, estas presentan notables dificultades: en primer lugar, por su escasez, sobre todo en la primera mitad del siglo; y, junto a ello, por la dificultad en su lectura. Los protago-

nistas de esta obra y sus historias atraviesan toda la centuria, aunque los datos son más seguros cuanto más avanzamos en el mismo.

La principal objeción que se puede plantear al trabajo de Monteano radica en la dicotomía euskera-castellano que atraviesa todas sus páginas, ya desde el mismo subtítulo. Ante todo, cabe preguntarse si la lengua que hablaron los navarros no vascongados en el siglo XVI fue el castellano. Cuesta encontrar, a lo largo de sus casi trescientas páginas, referencias explícitas al romance navarro. En este sentido –aunque, como ya se ha señalado, es un libro de historia– se echa de menos la incorporación de aportaciones realizadas desde el campo de la lingüística histórica, que hubieran sido muy útiles para ilustrar un fenómeno tan complejo como el analizado. No cabe obviar que, con independencia de que el valle del Ebro fuera mayoritariamente romanizado, está probado que existió un romance navarro cuyo origen puede situarse en el entorno del monasterio del Leire: no es casualidad que uno de los valles colindantes lleve todavía hoy el nombre de *Romanzado*. Creo que no puede afirmarse, como se hace en la página 181, «[En] el noreste del reino encontramos otra área de penetración del castellano desde las tierras aragonesas»: el castellano no pudo penetrar desde Aragón; el romance no es una especie invasora, puesto que Navarra había sido romanizada. Los trabajos filológicos más recientes no terminan de explicar cómo y cuándo desapareció ese romance navarro, aunque apuntan a que fue un fenómeno rápido que seguramente acompañó a la conquista. En este sentido, son interesantes los conceptos acuñados por Carmen Saralegui, quien habla para Navarra, ya en los siglos posteriores, de «romance patrimonial» –el derivado del latín en este territorio, el romance navarro– y de «romance importado», al que sí puede llamarse castellano y que paradójicamente se implantó allá donde sustituyó al euskera: es decir, en los valles del norte. Esa otra Navarra, la romance, queda oscurecida en el texto que comentamos y bien merecería una más cuidadosa matización.

Una monografía como esta se hubiera beneficiado asimismo del uso de una perspectiva comparada. La historia lingüística de la Monarquía Hispánica, siendo compleja, no es un caso único: sin ir más lejos, Francia presenta una diversidad mayor. El papel de las lenguas en el proceso de construcción de los grandes estados modernos –que requieren en la práctica de una lengua nacional–, y la respuesta a la cuestión sobre quién tuvo la iniciativa en tal proceso necesita sin duda de nuevas aportaciones que contribuyan a mejorar nuestro conocimiento sobre la articulación de esas grandes entidades.

Un libro merece ser leído cuando estimula el diálogo entre el autor y el lector: y no hay duda de que el trabajo de Monteano lo consigue plenamente.

Ana Zabalza Segúin  
*Universidad de Navarra*